

ALABA EN LA EUSKAL-ERRIA.

CUENTOS DE ARAMAYONA.

ULEFIÑ.

Entre los muchos chicos bascongados que volvieron de la guerra, de aquella guerra que hubo allá muy lejos, ninguno llamó tanto la atención en Ibarra de Aramayona como Julian de Achin, el pastor huérfano, nacido entre los peñascales de Amboto, el muchacho más guapo, más alegre y más *choriburu* ó cabeza ligera; de este hermoso rincón, valle favorito de las cerezas, de las brujas y de las nieblas.

Trajo su uniforme reluciente, como el día en que se lo entregó la Diputación de Alaba; trajo dos hermosos pañuelos de seda para su novia, para la primera novia que encontrara, y trajo su bolsa de lana verde, llena de monedas de plata.

Julian era uno de esos tipos de ojos azules y pelo rubio, que nadie sabe por qué, se vienen perpetuando entre hermanos de pelo y ojos castaños en nuestras familias euskaldunas. Colorado, alto, rubio y majo siempre, era el primer pamparristo de la montaña,

La tarde en que volvieron los tercios hubo baile en Ibarra; entre la ermita de San Sebastian y el Concejo. A todas las *nescatillas* se les fueron los ojos detrás de Julian. Este dirigió un *auresku* y escogió para pareja á Martina de Ibabe, la *nescacka* más rica de la anteiglesia de Aréjola, una morena, chatilla, muy redicha, con más humos que un calero mal apagado y con más leyes que el escribano de Garagarza. Y tras del baile vino otro, y otro, y mientras Julian y Martina se divertían, las demás muchachas se comían vivas de envidia y de disgusto.

Martina se dejó querer por dar á las otras en la cara, por llevarse el mejor chico del valle; y Julian se dirigió á Martina, porque preveía que iba á pasar de un salto, de huérfano pobre á marido mayorazgo.

Y así fue; se enfadaron los padres de la doncella; hubo dificultades y amenazas de parte de estos, y morros y paces entre los enamorados, y como ambos eran de la tierra de las cabezas duras, se empeñaron en que habian de salirse con la suya y se salieron; estando de mozo Julian cada vez más compuesto y emperejilado, y Martina cada día más hueca y más en ello.

Despues de casarse, bajaron desde Aréjola á vivir á la calle, á Ibarra, porque Julian dijo, que no quería arar, ni escardar, ni andar agachado, sino tieso y cada vez más tieso, lo cual no le pareció mal á su mujer, porque habia en casa de sobra para todo.

Pero, lo que pareció muy mal, fué, el que su marido, siempre *choriburu*, empezase á cortejar como se dice sencillamente por aquí, á algunas otras buenas mozas, un poquitillo más guapas que su mujer. Y tan mal le supo, que hizo explosion como un chupin encendido, y empezó á echar por aquella boca indirectas á chorro continuo de esta manera:

—¡Ya me lo decian á mí! ¿Qué se puede esperar de tí, *arlote*, sin camisa; qué se puede esperar más que eso? Si no me querias ¿para qué me has engañado, pobreton? Yo tuve la culpa, yo; al rebajarme siendo de la casa de Ibase á casarme con un rascaboñigas de Achin!. ¡Mira, ya que no puedo remediarlo, me moriré para no verte, y volverás á quedarte en mitad de la calle, como un pobre.

Julian callaba, se ponía á silbar, y se apartaba de la vista de su mujer encogiendo los hombros al marcharse, mientras ella decía:

—¡Sí, levanta las espaldas *zorrizu*, piojoso, que eso has sido tú y nada más, toda tu vida!

Cuando los vecinos supieron que los esposos andaban en estas tremolinas, hicieron lo que degraciadamente se hace casi en todas partes, alegrarse, abultar las noticias y calentar los oídos á Martina, para que se acabara de consolar. En honor de la verdad hay que decir, que Julian espantado de aquel huracan que salía de los lábios de su mujer, no volvió á mirar á ninguna otra. Pero, ya se sabe que como en un matrimonio se meta la víbora del escándalo, no hay día sin mordedura, ni palabra sin veneno.

Pues señor, á su debido tiempo Martina tuvo un hijo, que salió

tan rubio, tan colorado y tan alegre como Julian. Este ángel de paz, aumentó más y más la tirria de su madre, que al verle con los mismos pelos, ojos y señales que su padre, exclamaba, dejando escapar dos lágrimas:

—¡Vea V. qué desgracia! En vez de un Ibabe, tenemos otro Achin! Yo que no puedo verle ni pintado, me encuentro con un retrato suyo para siempre.

Y, cuando iba á tirarlo por la ventana, algunas veces, el niño la miraba con aquellos dos pedacitos de cielo, que tenia por ojos, y ella sentia en el corazon así como un tremendo garrotazo que le daba Dios; y lo apretaba contra su pecho, y se lo comia á besos.

Hay que decir que el niño era una maravilla que ni soñada. Las vecinas, al verle con aquel pelo tan sedoso, tan fino y tan reluciente, no le llamaban por su nombre, le llamaban *Ulefiñ*, y así le denominaron todos bien pronto en Aramayona.

—¡Hijo de mi alma! ¡Cuánto más valdrías si no fueras hijo de este ganorabaco; de este malacabeza, de este hombron á quien tengo que mantener! ¡Buena carrera te va á dar, si yo me muero! Entónces se casará con alguna de esas del día, de esas de su igual, y tú, pobrecito, tendrás que ir á Achin á cuidar cabras!

Ulefiñ se reía sin entender aquellos gritos de su madre; y Julian se asaba vivo, porque los entendia demasiado.

Cuando se decidió á ser hombre de bien, considerando que toda otra mujer que no fuera la suya seria mujer de mal, se decidió tambien á emprender algun negocio que le produjera dinero para poder dar con él en las narices á Martina y lograr que no le afrentara más, llamándole pobre.

Pensó, pensó en muchas quimeras que se forjaba por la noche, y que se le olvidaban por la mañana, y continuó siempre comiendo de lo de su mujer.

Esta, ya lo habia tomado á manía y no le dejaba en paz.

Una tarde, al anochecer, estaba Julian sentado con su Ulefiñ entre los brazos, en la tertulia al aire libre, que se formaba delante de una casa inmediata á la suya, donde vivía una *achue*, una vieja, que decian que si iba ó no iba los sábados por la noche, montada en una escoba al prado de Larrazabal, á bailar con las brujas. Se llamaba Jošepa-Antoni, tenia ochenta años, lo ménos, y era emplastera y muy rezadora. Siempre sabia alguna cosa nueva, y ninguna como

ella recordaba las cosas viejas. En esta tarde decia al concurso, que le estaba escuchando:

—Pasado mañana, víspera de San Juan, el que quiera ser rico, lo puede ser.

Julian afinó los oídos y se metió en el corro más de lo que estaba, aproximándose á la vieja, la cual añadió:

No hay más que subir á Turrion; allí hubo un castillo de los condes de Aramayona, que eran muy ricos, muy ricos. Cuando Dios los castigó y los echó de aquí, un rayo abrasó el castillo, y entre los escombros, en una cueva, se quedaron montones de plata, de oro y de diamantes. Todos los años, la víspera de San Juan, cuando se va á poner el sol, se abre la cueva por sí sola, y está abierta desde que el sol toca á las peñas de Echagüen hasta que se oculta detrás de ellas. El que se atreva á entrar y tenga cuidado de salir ántes de desaparecer la última, última miguita de la cara del sol, puede sacar más de veinte millones.

—Pues eso, *amandre*, no nos lo ha contado usted nunca,—dijo Julian maravillado.

—Es que estaba esperando á mi nieto, que iba á venir de América para decírselo, y no viene; y como yo no puedo subir hasta allí, ya no me importa que lo sepan los demás.

—Esas son mentiras de sorgiñas:—esclamó un viejo en la tertulia.

—Para los chocholos como tú, sí;—respondió la vieja—pero para los valientes, no.—

El viejo se enfureció, la vieja chilló, se armó la gresca, y tuvo que venir un ministro para disolver el tumulto, despues del cual cada vecino se fué á su casa.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

(Se concluirá.)



ALABA EN LA EUSKAL-ERRIA.

CUENTOS DE ARAMAYONA.

ULEFIÑ.

(CONCLUSION.)

Julian no durmió aquella noche. Creyó en absoluto la noticia de Joŕsepa, y se dispuso á subir la tarde siguiente á Turrion, sin decirle nada á nadie.

En efecto, el dia de la víspera de San Juan, mientras la gente cenaba temprano para bailar en la plaza, Julian cenó tambien; cogió despues á Ulefiñ al hombro y ala, ala, subió las escaleras de Barajuen, tomó por el monte arriba y llegó á la cima, entonces pelada, de Turrion, sentándose entre los helechos que brotaban entre las piedras de la antigua ruina del castillo.

Miró al sol: le faltaban unos tres dedos para tocar en las últimas cumbres de Echagüen. Colocó á Ulefiñ en el suelo, cerca de un senderito, á pocos pasos de las piedras, le dió un pedazo de pan, volvió á mirar al sol, que ya tocaba con los bordes á las peñas y separando los helechos, vió ante sí un hueco, entre el monton de ruinas, por el cual penetró al mismo tiempo que un rayo del sol poniente, que se abrió pasó entre la oscuridad, al separarse los helechos, iluminando el interior de la cueva.

Julian quedó ofuscado ante el brillo fantástico de las paredes que

el sol alumbró por un momento, y recordando que no había tiempo que perder, avanzó poco á poco, tocando de cuando en cuando en el suelo, con las manos. La oscuridad le envolvió pronto, avanzó un rato, sin encontrar más que piedras y humedad, y cuando quiso volver, torció por otra angostura lateral, en la que caminó un rato desorientado. Volvió hácia atrás, tratando de ver desde dentro la aberturapara salir á escape, y nada vió. Las tinieblas eran cada vez mayores. Anduvo otro rato desesperado y conoció que bajaba por una suave rampa; retrocedió lleno de terror, buscó la salida y no dió con ella. Una hora estuvo dando vueltas de esta manera, pidiendo auxilio dentro de aquella negra soledad, hasta que el airecillo fresco de la noche, le indicó que se hallaba cerca de la boca de la cueva.

Salió anhelante, loco, buscó á Ulefiñ y Ulefiñ no estaba allí. Entonces sintió Julian que se le metía el corazon en un puño. Era ya de noche. La masa imponente de Amboto se levantaba como un gigante en el cielo. Allí abajo se oía el murmullo de los pueblos, y en todas las anteiglesias y en todos los caseríos, brillaban fantásticas las hogueras de la hermosísima y alegre noche de San Juan.

¡Qué negra y qué triste era para Julian! ¿Dónde estaba el pobre Ulefiñ? Su padre se lo preguntó en vano á aquellas soledades, llamándole con desesperacion. Recorrió despues el bosque en todas direcciones gritando:

—¡Ulefiñ! ¡Semechu! ¡Ulefiñ!

Y nadie le contestaba, más que los cucos, que desde lo alto de las hayas y robles repetían:

—¡Cucu! ¡cucu!

Y, corrió, corrió, monte abajo hácia Barajuen, y luego hácia la calle, exclamando:

— ¡Ulefiñ! ¡Ulefiñ!

Mientras los cucos aún se oían lejos, muy lejos; en un tono triste, muy triste:

—¡Cucu! ¡cucu!

No se atrevió á detenerse en la plaza, subió por la calle de Ibargoya, hácia su casa, y se escondió detrás de una tejavana de un herradero de los bueyes.

Su mujer Martina lloraba en medio de un corro de gente, y decía:

—Se habrá escapado con mi hijo ese maldito de Dios: cuatro horas fuera de casa y no vuelven! ¡Hijo de mi corazon! ¡Andra María

Santísima, devuélveme á mi hijo! aunque á su padre no le vuelvan á ver más mis ojos, ¡aunque se lo coman los lobos!

Julian en su escondite temblaba como un azogado. Por lo que decia su mujer, era indudable que el niño no estaba en Aramayona.

Al fin Martina, cansada de gritar y de llorar, se desmayó; los vecinos la metieron en su casa, y cada uno de ellos se fué luego á la suya.

Antes de que amaneciera, volvió Julian á subir á Turrion, buscando loco, furioso á su hijo por todas partes. Recorrió dos ó tres anteiglesias, y nadie le dió razon de él. Despues huyó por Aranguio y Albina. Bebió un vaso de vino en la caseta de Mariaca, y siguió andando. Al anocheecer llegó á Vitoria y se dirigió á una posada, donde habia parado varias veces.

¿A dónde iba? ¡Qué sabia él! Iba á cualquiera parte ¡lejos! donde no pudiera perseguirle la sombra de su mujer. Iba á morirse de tristeza pensando en su hijo.

En la posada encontró una cuadrilla de canteros guipuzcoanos que marchaban á Extremadura á hacer un gran puente. ¡Buena proporcion! Se fué con ellos, de peon de cantero!

Allí estuvo trabajando seis meses, sin hablar una palabra, picando piedra, fumando su pipa y llorando. Triste fué para él todo aquel tiempo. La primera planta donde dá el sol, en cuanto sale, es en el cogote del cantero. Ni el sol, ni el agua, ni el vino ni las chicas guapas de Extremadura lograron sacar á Julian de su abatimiento.

Al acercarse la época de Navidad, los guipuzcoanos determinaron volver á su casa á hacer *Gabon*, á celebrar la Noche-Buena. Tomaron el tole al son de una flauta, y con ese compás de paso y medio, que dan en cada paso, cuando van de camino, se encontraron bien pronto en el puerto de Arlaban.

Julian venia con ellos, porque no pudo resistir á la atraccion de la tierra natal. Aunque Martina le sacase los ojos, él queria ver la cuna donde habia dormido su hijo. Pero antes habia de pasar por Turrion, para llamar de nuevo á Ulefiñ.

Sus compañeros de viaje siguieron hácia Escoriaza, y él se quedó á pasar la noche en la venta de Maulanda, allá, debajo de Salinas. No pudo dormir, y al levantarse muy de madrugada, vió á la ventera que estaba haciendo sopas de leche para los ocho hijos que tenia, los

cuales se hallaban acurrucados al rededor de la lumbre, cada uno con su katillu en la mano.

—Muchos hijos tiene V., ama: exclamó Julian al contemplar aquel cuadro.

—Muchos no! diez y seis tuvo mi madre y ya vivimos! Y usted, cantero, no tiene ninguno?

—Ninguno sí; pero alguno tampoco.

—Difícil de entender es eso.

—No tengo, no ¡no señora, no tengo ninguno!

—Así le pasaba á mi hermana, que vive en el caserío de Iramain: y, una novena hizo á San Antonio de Urquiola, y al volver les dió San Antonio un niño tan guapo, que como á un hijo le quieren.

—¿No es hijo, pues, ó?

—En el monte de Aramayona le encontraron; rubio como el sol.

Julian se apoyó en la pared para no caerse, tal calor le subió desde el corazon hasta los ojos y hasta las puntas de los pelos. Despues, abalanzándose á la ventera, y derribando por el suelo dos ó tres chiquillos con sus escudillas y todo, dijo:

—¿Cuándo fué eso? ¿Cuándo?

—La noche de San Juan, al anocheecer; mi hermana venia con su marido y con un criado, de Urquiola, y al pasar por un alto, hallaron un niño llorando y comiendo pan; casi, casi no sabia hablar, le recogieron y le pusieron en las artolas con mi hermana, que decia llena de gozo: ¡San Antonio bendito nos envia este niño! Y tenia razon; sino ¿qué hacia allí solo, lejos de los pueblos aquel niño tan majo y tan guapo? En Iramain está, que dá gusto verle; pero ¿qué le pasa á V., cantero, que se tiembla y llora?

Julian escuchó temblando y llorando; y sin contestarla, dejó un duro encima de la mesa, tomó su hato y su makilla, saltó por la ventana de la cocina y echó á correr. La ventera y los chiquillos asustados, corrieron á la puerta gritando:

—¡Al loco! ¡al loco!

En efecto, aquel padre loco, atravesó la carretera; se metió por los maizales en direccion al caserío indicado, brincó con saltos de pantera una porcion de arroyos y matorrales, espantó un rebaño de ovejas; puso en conmocion á cuantas mujeres habia trabajando en las piezas, y tomando cuesta arriba llegó á Iramain, que es un hermoso

caserío rodeado de castaños y nogales, propio en aquel tiempo, de la casa de Ruiz de Azua de Alaba.

Los hombres del caserío estaban en el monte; y no había en él más que la ama, con dos *neskachas* sobrinas suyas. Julian entró de rondon en el portal y en la cocina que está al lado.

Las mujeres al verle llegar cubierto de barro y de sudor, con los ojos fuera de las órbitas y convulso, dieron un grito de espanto.

—¡No asustarse señoras! ¡exclamó Julian! un favor grande les pido.

—¿Qué trae usted, pues, tan de repente y tan espantado?

—¿Ustedes tienen un niño chiquito, rubio, rubio?

—Sí señor; ahí en la cuna dormido, al lado del escaño, está; ¿pero qué le importa á V. eso?

Julian separó á las tres mujeres que se habían puesto delante de la cuna, como para defender al niño, y, haciéndoles señal de que callaran, se aproximó á la criatura, y dijo, cerca de su oído, con inesplicable dulzura, mientras rodaban dos lágrimas por sus ojos:

—¡Ulefiñ! ¡Ulefiñ!

El niño abrió los ojos, se incorporó, miró fijamente á Julian, levantó sus bracitos y gritó:

—¡Aita! ¡Aita! ¡padre! ¡padre!

Las tres mujeres cayeron de rodillas llorando, mientras Julian abrazado á su hijo, lo devoraba á besos, entregándose á frenéticos trasportes de alegría.

—Creo, señoras, que no negarán ustedes, que este niño que encontraron en el monte de Aramayona, más acá de Barajuen, es hijo mío.

—El mismo lo ha dicho, señor: contestó el ama de casa; pero, no se lo llevará usted ¿éh? Nosotros aquí le tenemos como hijo.

—Para que no se muera su madre, si es que no se ha muerto ya, tengo que llevarle, hoy mismo.

—Compasion tenga V. de nosotras.

—De mí, sí que hay que tener compasion; añadió Julian; y les contó despues cuanto le había acontecido, en medio de la mayor admiracion de aquellas mujeres.

Cuando los caseros vinieron del monte, se asombraron de lo que pasaba. El casero mayor, hombre de sano juicio, dijo que debían darse muchas gracias á Dios por lo que sucedió, y que era muy natu-

ral que Julian se llevase á su hijo, sin perjuicio de que los de Iramain fueran de cuando en cuando á verlo á Aramayona, y de que aquel viniese algunas veces á Iramain, á ver á su madre adoptiva.

Triste dia fué para el caserío el de la víspera de Navidad, último que pasó Ulefiñ, en él, con su padre.

A la mañana siguiente cogió Julian á su hijo al hombro, empuñó su makilla; y, hecho un San Cristóbal, tomó monte arriba en dirección á Uncella. ¡Ya le podían haber salido todos los lobos, y todos los ladrones, y todas las brujas á quitarle su hijo! Cuando al pasar de Uncella á Barajuen, distinguió allá á la izquierda, el alto de Turrión, cubrió con sus manos los ojos á su hijo, y él mismo volvió la cabeza al lado opuesto, sintiendo que se le temblaban las piernas.

Al medio dia llegó á Ibarra, á la calle; y la gente al verle, con su Ulefiñ al hombro, empezó á hacerse cruces y á seguirle dándole la enhorabuena, Cuando llegó á su casa rodeado de más de doscientas personas, estuvo Martina á punto de volverse loca. ¡Hermosísimo *Gabon* fué aquel en Aramayona! ¡Y cómo celebró el pueblo entero el relato y las aventuras de Julian!

Este con sus seis meses de peon de cantero, acostumbrado á agachar la cabeza para ganar de comer, determinó dejarse de fanfarrias y marchar á vivir á su casa de Ibabe con Martina, á cuidar de sus piezas y de sus bueyes. Allí supo redoblar su capital á fuerza de trabajo.

Todo se arregló á maravilla menos el genio de Martina, que de cuando en cuando, se subía de tono; pero que enmudecía y se convertía en una malva en cuanto Julian le decía con mucha calma:

—Mira, mujer, cállate ¡no sea que no se nos vuelva á perder el niño!

La vieja Jošepa-Antoni apareció un dia muerta cerca de Bolinchu. Las gentes dijeron que habia bajado rodando por los montes, despues de asistir á la junta de sorgiñas de Larrazabal. No hubo tal; la pobre bebió un poco más que de costumbre, equivocó el camino de su casa, cayó al rio y acabó entre las zarzas con toda su sabiduría.

RICARDO BECERRO DE BENGUA.

